Un hombre valiente y útil

(Un cementerio en las montañas. Un cortejo fúnebre. Al borde de la fosa, un sacerdote. Se acaba un cántico. PEER GYNT *aparece sobre el camino, fuera del cercado).*

PEER GYNT, *deteniéndose en el umbral.*—Nada, un ciudadano más que toma el camino del polvo humano. Afortunadamente no soy yo. *(Entra).*

EL SACERDOTE, *predicando.*—Y ahora, queridos hermanos, mientras el alma se presenta al tribunal supremo, y que el cuerpo descansa, diremos algunas palabras del camino que el difunto recorrió aquí abajo.

No poseía fortuna ni talento. Su voz era débil, vacilante, y apenas sabía gobernar su casa. En la iglesia parecía pedir humildemente el permiso de sentarse al lado de los demás. Como no ignoráis era oriundo de Gudbrandsdal. Era casi un niño cuando vino a este país. Recordaréis haberle visto, hasta que murió, circular entre nosotros llevando siempre la mano derecha en el bolsillo. En esta postura su imagen se ha grabado en vuestra memoria. Añadid su aire embarazado y la reserva de su actitud cada vez que se hallaba en una reunión. Pero por mucho que prefiriese permanecer apartado y que siempre fué un extranjero entre nosotros, no ignoraréis sin duda el secreto que procuraba guardar: esta mano que llevaba siempre hundida en el bolsillo no tenía más que cuatro dedos. Me acuerdo aun, a pesar de que la cosa data de tiempo: una mañana llegaron a Lunde unos reclutadores. Entonces había guerra y todo el mundo hablaba de las calamidades públicas. Todos se preocupaban del porvenir del país. Yo estuve presente. El capitán estaba sentado detrás de una mesa, con el alcalde y unos sargentos al lado. Uno después de otro examinaban, medían a nuestros muchachos y los declaraban soldados. La sala estaba llena. En el patio resonaban las risas bulliciosas de la juventud. De pronto se pronunció un nombre y un ¡presente! respondió al llamamiento. Estaba pálido como la muerte, blanco como la nieve de las montañas. Se le hizo avanzar y llegó hasta el pie de la mesa. Su mano derecha estaba envuelta por un lienzo blanco. Tembloroso, tragando su saliva, sin habla, nada respondió a las preguntas del capitán. Al fin, sin embargo, enrojeciendo y con entrecortada voz, balbuceó unas palabras, de las que se desprendió que le había ocurrido un accidente, cuestión de una hoz que le había cortado un dedo. El silencio se hizo en torno suyo. Se cambiaron miradas significativas, amenazadoras para el muchacho; los labios de muchos se contrajeron. Con la vista baja, el muchacho sentía que la tempestad se le echaba encima. De pronto, el capitán se levantó, escupió, alargó el brazo y le dijo: márchate. El muchacho se fué, pasando por entre una doble fila de gente hostil. Al llegar a la puerta se echó a correr y ganó las alturas de las montañas. Atravesó bosques, escaló pendientes, corriendo siempre, hasta que llegó a su casa, en el *fjaell*. Seis meses más tarde vino aquí con su madre, con unos niños y una mujer con la que se casó tan pronto como pudo. Había desmontado y cultivado un terreno en la landa que se eleva hacia el Lomb y construídose una casa. El terreno era duro, pero él logró ablandarlo, como lo atestiguaban los terrones. Si en la iglesia tenía una mano en el bolsillo, bien se veía que en el campo sus nueve dedos trabajaban por diez. Una primavera el torrente le arrasó todo su trabajo. El y su familia se salvaron. Sin recursos, sin abrigo, púsose nuevamente a trabajar y antes de terminar el verano pudo verse en la montaña un nuevo campo de centeno, en un sitio mejor protegido que el arrasado. Sí, mejor protegido contra la inundación, pero no contra el alud. Dos años más tarde todo quedó sepultado por una avalancha. Todo, menos el ánimo de este hombre. De nuevo se puso a la tarea, y tanto hizo y tan bien, que su casa estaba ya levantada antes de terminar el invierno, por tercera vez. Tenía tres hijos, tres robustos muchachos. La escuela estaba muy distante: donde termina el camino comunal, era necesario aun tomar por un sendero estrecho y abrupto abierto en la dura nieve. ¿Qué hacía él? Pues dejando que el mayor andara como pudiera y limitándose a sostenerle, cuando la pendiente era rápida llevaba a los otros dos sobre sus espaldas. Así los condujo a la escuela durante varios años. Los hijos se hicieron hombres. Llegaba el momento de que le ayudaran a cambio de las fatigas por ellos sufridas...Tres ciudadanos acomodados han olvidado hoy, en el nuevo mundo, a su padre noruego y el camino de la escuela. Era un hombre de cortos alcances. Fuera de su pequeño círculo nada veía. Las poderosas palabras que hacen palpitar a tantos corazones eran letra muerta para él. Pueblo, patria, todo lo que hay de elevado, de sublime, estaba en él sumido entre nieblas. Este hombre era un humilde. Desde el día del reclutamiento parecía vivir bajo el peso de una sentencia, con la vergüenza en la frente y la mano oculta en su bolsillo. Ante la ley del país, ¿no era, acaso, un desertor? Sí, verdad es; pero hay algo que brilla por encima de la ley, como las altas cumbres que blanquean detrás del Glittertin y hacen descender sobre este glaciar las nieblas que lo velan. Era un mal ciudadano. Para la Iglesia y para el Estado era un árbol estéril. Pero allí, sobre la cresta más alta; allí donde nuestros caminos se estrechan y lo ran; en aquel trabajo hacia el cual se sentía llamado, era grande, porque era él mismo. Su vida dió la nota que le era propia. Vibró siempre a la sordina. Descansa en paz, modesto guerrero que luchaste y moriste en el humilde combate del campesino. Nosotros no tenemos el derecho de sondear estos corazones; pero tengo la firme creencia de que este hombre no se presenta como un estropeado y un inútil ante el tribunal supremo. *El cortejo se dispersa y aleja.* PEER GYNT *queda solo.)*

ENRIQUE IBSEN

De *Peer Gynt*, poema dramátieo en cinco actos.

La revolución del porvenir

En ninguna de las modernas revoluciones hemos visto a los privilegiados defender personalmente su causa. Siempre se han apoyado en las armas de los pobres a quienes han atroñado con lo que ellos llaman la «religión de la bandera» y han educado para ser, según su propia expresión, «mantenedores del orden». Seis millones de hombres, sin contar la policía alta y baja, se emplean en este trabajo en Europa. Pero estas fuerzas pueden desorganizarse, pueden recordar los lazos de origen y de porvenir que les unen a la masa popular, y en este caso el brazo que las dirige puede carecer de vigor. Compuestas casi en totalidad de proletarios, llegará un día seguramente que serán para la sociedad burguesa lo que los bárbaros a sueldo fueron para la sociedad romana: un elemento de disolución. La historia abunda en ejemplos de locuras colectivas, por las que han sucumbido los poderosos, hasta los que han conservado en todos los casos, la fuerza de carácter. Y esta energía de carácter no la tienen todos los *directores,* porque con frecuencia se han visto gentes de ésta que no son otra cosa que simples degenerados, sin bastante energía y fuerza física para abrirse paso a través de un tabique sencillo, ni suficiente dignidad para dejar a los niños y a las mujeres salir delante de ellos huyendo de un incendio. Cuando los desheredados se hayan unido por intereses de oficio a oficio, de nación a nación, de raza a raza, o espontáneamente de hombre a hombre; cuando conozcan bien su finalidad, no cabe duda que el momento de emplear la fuerza para defender la libertad común no se hará esperar. Por muy poderosos que sean los privilegiados de entonces, su fuerza resultará insignificante enfrente de todos los que, reunidos por una sola aspiración, se levantarán contra ellos para conquistar definitivamente el pan y la libertad.

ELISEO RECLUS

IMPRENTA : LIBRERIA : ENCUADERNACION
FALCÓ & BORRASÉ
FRENTE AL PALACIO DE JUSTICIA
Tel. 329 - San José, C. R. - Ap. 638

BIBLIOTECA LOS GRANDES PENSADORES
A 50 CÉNTIMOS TOMO

Las Clases Jornaleras, F. Pi y Margall.
Miscelánea Filosófica, Voltaire.
La Propiedad P. J. Proudhon.
Crítica del Cristianismo, F. Laurent.
Temas Varios, Eduardo Benot.
El Hombre y la Tierra, Eliseo Reclus.
Las Ciencias Históricas y Las Ciencias Naturales } Ernesto Renan y M. Berthelot.
Crítica Social, Emilio Zola.

LIBRERÍA FALCO Y BORRASÉ
TOMOS EMPASTADOS A ₡ 1.25

Manzana de Anís, por Francis Jammes.
El caso Leavenworth, por A. K. Green, 2 t.
Jacobé, por Joaquín Ruyra.
El amor catedrático, por G. Martínez Sierra.
La enjuta, por Víctor Catalá.
¡Dios salve a la Reina!, por Allen Upward.
La bella dormía en el bosque...., por François de Nion.
Rebeldía, por Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, por A. de Hedenstjerna.
Kolstomero, por el Conde León Tolstoi.
Minnie, por A. Lichtenberg.
El dragón de fuego, por Jacinto Benavente.
Ernestina, por Prudencio Bertrana.
Boda oficial, por R. H. Savage.
El hurto sabroso, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, por Anthony Hope.
Fausto, por Iván Turgueneff.
El silencio, por Eduardo Rod.
Apuntes de un desconocido, por Fedor Dostoyeusky, 2 t.

VERME-OL
Remedio contra las Lombrices
Sabe a Yerbabuena
BOTICA ORIENTAL
San José de Costa Rica

LA IDEA
FABRICA DE TABACOS
Garantizamos que nuestros productos son elaborados con los mejores tabacos del país.
Dirección: Altos de la antigua Panadería Lamic, Calle Central.
J. RAFAEL PÈREZ, Propietario

TINTORERIA de Carlos Peralta
Tintas alemanas para Seda, Lana y Algodón
Colores bellos y firmes - PRECIOS ECONÓMICOS - Teléfono número 218.
CUESTA DE MORAS